

Pasear por algunas ciudades italianas, como Nápoles, es retornar a la mejor de las Españas. Las voces de las gentes, el tono del colorido, la misma aérea palpitation de los modelos, atestiguan que esta tierra fué por un puñado de sus mejores años antieuropea, española. Si Dios me diera vida—argüía yo pocas noches ha a un profesor de muy distinta ideología—alguna vez he de escribir un libro en donde resuma mis napolitanas experiencias y en el que quisiera mostrar al hombre iletrado y sencillo de la Forcella o de Montecalvario el por qué español, y por español napolitanísimo, de tantas sus muchas reacciones aparentemente incomprensibles.

Hoy mi tarea es más modesta: quisiera razonar en pura historia del pensamiento napolitano la línea secular del reino de Nápoles, prólogo de aquel futuro libro mío. El año de investigaciones que en las bibliotecas napolitanas llevo, ayudará a una comprensión tradicionalista de Nápoles de la que resultará la evidente realidad de que el panorama del Nápoles auténtico solo resulta hácedero desde la Tradición total de las Españas.

Porque el Reino de Nápoles empieza a existir como entidad social coherente cuando Fernando el Católico doma la levantisca nobleza y establece con mano justiciera y poderosa un bien común napolitano por encima de las ambiciones políticas de tantos reyezuelos anárquicamente potentes, capaces de vender el Reino al mismísimo Turco, como más de una vez efectivamente planearon. Nápoles fué reino, y no monarquía que flota cual navío sin timón sobre los encrespados mares de las ambiciones señoriales, solo cuando el Reino entra en la gran confederación de las Españas.

Sin que fuera esta la sola acción de la realciza inaugurada por Fernando el Católico. A partir de él el reino de Nápoles, orgánico y unido, participará en la cruzada contra Europa por los Reyes de las Españas emprendida. En mi obra en publicación sobre el particular, razono el valor histórico de semejante decisión para la Cristiandad y para el reino de Nápoles. Baste señalar ahora, como segunda consecuencia del ingreso del reino en las Españas, que el pueblo napolitano fué convocado por sus reyes a la defensa de la Cristiandad. El poderío de las Españas alejó definitivamente la amenaza turca de una parte, satisfaciendo los anhelos de popular sosiego; de otra acuñó en Nápoles un pueblo antieuropeo.

Porque Europa no es un concepto geográfico, sino histórico, que por histórico nace en fecha determinada con energía polémica. Geografía es el Occidente, donde hasta el 1560 el sistema de vida humana se jerarquiza en la idea de la Cristiandad: Europa es lo que sustituye en tierras de Occidente a la Cristiandad gracias a cinco rupturas sucesivas del orden cristiano del Medievo: teológica con Lutero, ética con Maquiavelo, política con Bodin, filosófico-jurídica con las secularizaciones del tomismo por Grocio y del voluntarismo por Hobbes, institucional con los tratados de Westfalia.

Los Reyes de Nápoles, que son reyes de las Españas todas, luchan contra Europa; y el Reino sigue la llamada de sus Reyes. Los regimientos napolitanos de Camilo del Monte asedian Amberes en 1585; Gerónimo Caraffa, marqués de Montenero, defiende en 1597 la plaza de Amiens contra los asaltos franceses; Carlo Spinelli combate en Praga en 1620; Lelio Brancaccio se hace fama a las márgenes del Rhin; Gerardo Gambacorta guerra contra el Piamonte; Juan Vicente Sanfelice, conde de Bagnoli, cam-
Il genio felice di Napoli de Raffaele Maria Filamondo, encabezado por un título que es todo un poema de gesta, verá cuán fué cierto que Nápoles era militarmente antieuropeo, ser-

vidor cumplido de sus reyes. Y quien abajo firma lleva en la sangre el testimonio de un capitán de los tercios hispánicos de Nápoles que sirviendo al Rey Felipe IV encontró en un rincón perdido de Castilla la mitad extremeña de su corazón napolitano.

Parigual actitud vige en el orbe del pensamiento, como espero mostrar en mis estudios. Radicalmente enemigo de Europa el Reino de Nápoles, aguza los estilos de su personalidad en todos los terrenos, de acuerdo con el carácter federativo de las Españas, y en la literatura asistimos durante el siglo XVII a la primavera de los escritos en idioma propio. Gian Battista y Doménico Basile, Giulio Cesare Cortese, «Filippo Sgruttendio de Scafato», Giambattista Valentino, Andrea Ferrucci, «Masilo Reppone», Gabriele Fasano, «Giancola Stillo», «Ferdinando Boccosi», «Santillo Nova», «Arnoldo Colombi», Giacomo Antonio Palmieri, Niccolò Capasso, son la cohorte nutrida que afirma en el ámbito de las bellas letras la personalidad histórica del reino de Nápoles, cosecha madura de la sementera de unidad robusta sembrada por Fernando el Católico y regada por sus sucesores.

Pero Europa venció a las Españas y Nápoles fué vencido por Europa. Cuando las naciones europeas vencedoras impusieron la desmembración de las Españas vencidas y el avatar latídico de los sucesos sentó en tronos hispánicos a franceses europeizados, Felipe V en Castilla y Carlos III en Nápoles significan el fin de las Españas. La introducción del absolutismo abstracto, enciclopedista, «renovador» y europeizante fué la fórmula que imperaba en la Europa del siglo XVIII bajo la égida francesa y es la fórmula política que Europa vencedora nos impuso.

Mas con ella asesinaron el espíritu nacional de Nápoles, lo mismo que asesinaron el espíritu peculiar de Cataluña o de Castilla, lo mismo que torcieron el curso de la historia de los hispánicos en Indias.

Los forasteros iniciarán la desespañolización del Reino. Un genovés, Paolo Mattia Doria, comenzará la leyenda negra de la mendicidad, de la calumnia y de la incomprensión; un pisano, Tonucci, conducirá la campaña europeizadora asesinando a un francés, Carlos III.

Pero las reformas materiales y administrativas se acompañan a la muerte espiritual del Reino. Cuando se europeiza, Nápoles es cuerpo sin alma. Los postreros escritores del idioma napolitano pertenecen todavía a la postrera generación hispánica, aunque publiquen sus obras bajo los Borbones europeizadores: Nunziantz Pagano había nacido en 1683 y Biagio Valentino en 1688. Son miembros de la misma generación de Giambattista Vico, formado en los los días españoles y cuyo mérito consistió en que acertó genialmente al plantear la continuidad del pensamiento hispánico, acentuando la consideración de lo histórico en una Europa dominada por los abstraccionismos del jusnaturalismo protestante. El que se asentaran físicamente en Nápoles reyes solamente napolitanos, nos supuso precisamente el fin del reino en lo espiritual. Aquellos tres nombres son florones postreros del Nápoles que muere a manos de la europeización borbónica. El cambio es irremediable; porque los reyes de las Españas gobernaron como napolitanos aunque físicamente residieran lejos, mientras que ahora un francés va a hacer en Nápoles política europea.

Fué un furor colectivo por renegar de Nápoles los napolitanos, como si con la salida de la confederación misionera de las Españas el alma y la cultura patrias hubieran perdido su razón de ser. Pudieran aplicarse a todos los ramos del pensamiento y de las letras las palabras que Ferdinandi Galiani escribió, con dramáticos acentos tristes, sobre el uso del idioma: «Al esplendor de esta nueva luz de ciencia y de sabiduría, la nación se vió con otros ojos y se

avergonzó de sí misma. Por la cadena de ideas ya forjada e imposible ya de romper, fué el propio lenguaje lo que más la impresionó, cubriéndola de humillación y de sonrojo. Casi se avergonzó de haber hablado. Pero no siguió a semejante pena la decisión de enmendar y de purgar su dialecto. Fué presa de otra resolución tan extraña cuanto desesperada. Se resolvió por unanimidad renegar, aborrecer, escarnecerlo; y de esa suerte, por estímulos de honor (¡cosa increíble!), la nación entera se puso a escarnecerse y a vilipendiarse a sí misma. Poco faltó para que no quedase muda por completo. Pero, para no perder la mayor característica del hombre que es el habla, tomóse la resolución de abrazar con fervor, no ya el común italiano, sino el estrecho idiotismo toscano. Se trajeron furiosamente desde la Toscana ediciones de los autores santificados en la lengua por indeclinable sentencia de la Crusca; se reimprimieron muchísimos; casi se aprendieron de memoria. Todo el mundo se dedicó a resolver vocabularios, gramáticas, reglas del buen decir toscano. Niccolò Amenta y otros publicaron volúmenes y volúmenes sobre cualquier minucia gramatical toscana. Nuestros doctos casi no se ocupaban de otra cosa. Llegaron a ser agudísimos y puntualísimos parlanchines. Y, casi para expiación de nuestro pecado, se aprendió con avidez a hablar y a escribir en el más rebuscado de los decires florentinos».

Los viejos enemigos del siglo XV, los franceses, los toscanos, tomábanse la revancha. Ya no había un puño ni un temple parejos al del Católico Fernando, ya las Españas vencidas agonizan, y entre esas Españas vencidas agoniza Nápoles. Cuando en 1860 se realice la unidad risorgimentale bajo el digno barbudo, piamontés, europeo y anticlerical de Garibaldi, el cuerpo muerto del reino de Nápoles se derrumbará como un cadáver de donde ciento cincuenta años atrás voló ya el alma.

Pero la Europa vencedora no perdonó a Nápoles haber lidiado las causas de la Cristiandad. Los vencidos pagan y Nápoles pagó recibiendo el desprecio de los vencedores, ni más ni menos que el resto de los pueblos españoles. Lo más doloroso fué que aquí, además, el desprecio venía de los que se llamaban «hermanos» por habitar en la misma península itálica, de los florentinos y de los venecianos que otrora quisieran poner al Reino de Nápoles en manos de los turcos. La famosa «cuestión meridional», tan traída y llevada durante los últimos cien años a partir de la invasión garibaldina, no fué ni es otra cosa que la inadaptabilidad de Nápoles, a causa de sus restos de hispanismo, a las concepciones europeas que en las puntas de sus bayonetas llevaban los conquistadores piamonteses. «El término de «question meridionale»—ha escrito Salvatore Francesco Romano—sirve para designar con una fórmula comprensiva las dificultades encontradas por el nuevo Estado para extender las instituciones piamontesas a las provincias del Mediodía». «Bajo los Reyes de las Españas Nápoles fué un reino aparte, con cultura e instituciones propias, nunca intentado asimilar imperialísticamente ni por Cataluña ni por Castilla; bajo los Saboyas, Nápoles es una «cuestión», provocada por el afán de hacerlo toscano en cultura y piamontés en instituciones.

Muchas cosas quedan todavía vivas en la intrahistoria de las costumbres, ahora que ya el Reino de Nápoles está cadáver desde el 1700 y fué enterrado en 1860. Por ejemplo, la idea de Dios o el concepto de la mujer, cuya armonía moral y física, cuya integridad humanísima en Nápoles ha sido explicada por un escritor tedesco de nuestros días cual la consecuencia del sentido hispánico y antieuropeo del Mediodía de la península italiana.

De lo que queda, sobremanera de lo queda en los archivos humanísimos de los sentires populares, quisiera ocuparme en aquel mi libro,

quiera no fuera más que para rebatir el desprecio que a las esencias de Nápoles tenía aquel mi europeizado profesor amigo. Pero esa empresa reuniré el estudio pormenorizado de los escritores del Nápoles cuando Nápoles existía en la plenitud de sus realidades históricas, a la sombra de los Reyes incomparables de las Españas calumniadas.

Tal vez así conseguiría topar con un pedazo

vivo de la Tradición hispánica, en una hora en la que tantos descastados insisten en la venenosa hazaña de europeizarnos hasta la muerte pura, en el ansia contranatural de maldecir los propios padres.

FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA.

1. — *Il genio bellicoso di Napoli. Memorie storiche d'alcuni capitani celebri napoletani c'han militato per la Fede, per lo Re, per la Patria, nel secolo corrente.*

2. — FERDINANDO GALIANI: *Del dialetto napoletano*. 1770: Edición de FAUSTO NICOLINI en Napoli, R. Ricciardi, 1923: Páginas 156-108.

ANTONIO ALTAMURA ha podido hablar con razón de la «tirannide linguaiola dei cruscanti» en la página 31 de su excelente introducción al *Dizionario dialettale napoletano*. Napoli, Fausto Fiorentino, 1956.

3. — SALVATORE FRANCESCO ROMANO: *Storia della questione meridionale*. Palermo, Pantea, 1945. Página 11.

4. — U. MANTTELL: *Kleine Kulturgeschichte der grossen Sehnsucht*. Traducción italiana bajo el título de *Piccola storia del peccato*. Milano, Longanesi, 1956. — Página 271.

LA HETERODOXIA ESPAÑOLA Y LA CONVERSION DE GARCIA MORENTE

Muchas veces he pensado en el extraño ambiente de los que llamaríamos, con expresión de Menéndez Pelayo, «heterodoxos españoles». Estos grupos existen hoy en España en una forma más de grupos o ambientes en torno a una obra común (pedagógica o editorial por ejemplo) que concretamente antirreligiosa o política como antaño. La última y gran escuela de heterodoxia española alcanzó un grado de madurez y eficacia social que no poseyeron las anteriores. Me refiero al grupo de profesores y universitarios formado en torno a la figura central de D. José Ortega Gasset y a la que fué Revista de Occidente. Ya no tenía este grupo el claro sectarismo ni las extravagancias de ciencia arcana que caracterizaron al antiguo krausismo y a la Institución Libre de Enseñanza, ni, mucho menos, la violencia irreligiosa del primitivo liberalismo de cátedra, miliciano y desamortizador.

La nueva heterodoxia española pretende ser una escuela de regeneración nacional por la educación y el trabajo, una escuela de ciudadanía y de disciplina social. En lugar del antiguo espíritu antirreligioso se procuró inspirar a sus adeptos una frialdad crítica un tanto despectiva hacia la religiosidad vehemente y personal del pueblo español, a la que atribuía su estado de atraso y de holganza, sus luchas permanentes, su incultura e insolidaridad. La educación y la cultura, la lenta realización de obras en equipo en las que un estricto cumplimiento lograra un alto grado de perfección sobre todo estética, irán alcanzando ese abandono de los antiguos ídolos y de los viejos rencores de secta o confesión. El moderno intelectual de izquierda, y los ambientes que crea, son respetuosos y tolerantes, aparentemente fríos y neutrales: Sólo conservan de lo que caracteriza al grupo disidente el trabajo en equipo, la ayuda mutua y el entusiasmo competidor por sus obras en común.

Sin embargo, se encuentra tan profundamente arraigada la religiosidad cristiana en el pueblo español—sea positiva o negativamente según los casos—, es tan fuerte la herencia de ocho siglos de Reconquista y dos de luchas de Religión en Europa, es tan imperiosa y fecunda la sangre de los mártires, que los heterodoxos necesitan aun hoy en España de una inmensa fuerza contenida de pasión y de cohesión de secta para mantenerse en ese papel friamente laicista o europeizador. Apenas si puede darse entre nosotros el indiferente en religión que lo sea de una manera fácil y espontánea porque el ambiente no le plantee a diario la problemática humana que esa actitud supone.

De aquí que sean tan frecuentes en España las conversiones entre los intelectuales hostiles a la significación comunitaria, religiosa, de nuestra convivencia patria. Y que este cambio de actitud no sea en ellos un simple abandono de sus entusiasmos laicistas, sino una entrega franca, un retorno emocionado y fervoroso a la fe de sus antepasados.

La fortuna me hizo conocer de cerca los primeros pasos por la fe de uno de esos conversos: el Profesor D. Manuel García Morente, catedrático que fué de Ética en la Universidad de Madrid y la figura que podría considerarse como el más técnico y científico de los intelectuales afectos a la filosofía orteguiana y a la

Revista de Occidente. Su retorno a la fe y su decisión de abrazar el sacerdocio conmovieron a España hacia el final de la última guerra civil. Como alumno de la Facultad de Filosofía y Letras fuí testigo de su reencuentro con la filosofía como docente en los años de su diaconado y ordenación sacerdotal. A las impresiones que me dejó aquel reencuentro de los problemas bajo una nueva luz quiero referirme aquí.

Después de 1939 sólo una promoción de filosofía—la que se ha llamado «generación de la guerra»— cursó la carrera completa bajo el magisterio de García Morente. A los pocos meses de obtener nuestra licenciatura moría inesperadamente el maestro después de una operación, al parecer, afortunada. Hace de esto quince años: diciembre de 1942.

La conversión de García Morente no se había realizado sólo a través de un proceso de convencimiento intelectual o de vivencia histórica como en Maetzu y en tantos otros, sino en una forma estrictamente religiosa, directamente sobrenatural. Su espíritu se encontraba bajo la impresión de los bárbaros crímenes desatados en la España roja, que habían llenado de luto su propio hogar, y que, ya de lejos, experimentaba una honda desilusión hacia los hombres y las ideas que habían constituido su ambiente; hacia ese vivir extravertido, falto de sinceridad, amorfo, lleno de cobardía mental, de que había hablado en su «Ensayo sobre la vida privada». Pero su conversión misma fué una luz bajada de lo alto, un inmenso consuelo, una voz interior que, como la que hablara a San Agustín, premió su búsqueda sincera de la verdad llenando de paz su espíritu inquieto y anhelante. Fué Cristo mismo otorgando la gracia de su llamamiento a este espíritu atormentado y bueno. Y Morente sintió sólo eso: la voz del Padre, la presencia dulcísima del Pastor y del redil. Pero la filosofía—la propia y la de los demás— «seguía ahí», ajena a todo ello, pendiente para él de una rectificación o de un replanteamiento.

Y una tal rectificación no se improvisa, ciertamente. Sería preciso volver a pensarlo todo de nuevo desde otras verdades radicales, verlo otra vez bajo una nueva luz, adaptar lo que fuera posible, recrear concepciones enteras... Para esto haría falta tiempo y recogimiento. Más todavía para exponerlo en clase con esa sencillez y evidencia que hacía de él un maestro maravilloso. ¿Quién duda que la facilidad expositiva y lo sugestivo del discurso nacen siempre de una mente clara, de ideas muy pensadas y sometidas a sistema?

Morente había sido el profesor perfecto, uno de los poquísimos que en la docencia universitaria han sabido estar en su puesto. Precisamente porque nuestras actuales universidades no son ya auténticas instituciones y porque carecen de coordinación y unidad docente, sus profesores suelen ser eruditos, investigadores, literatos; todo, menos maestros. El alumno medio que sale del colegio sin saber estudiar y sin cultura general, con sólo una absurda técnica para aprobar la reválida, se encuentra de pronto en unas clases en las que se le expone el último matiz de moda en determinada ciencia, el aspecto destacado por el más reciente libro del profesor, siempre dando por conocida la ciencia misma y el ambiente cultural y humano en que se halla envuelta. Ello produce

en el principiante una desorientación tan profunda y antinatural que en muchos casos le resultará insuperable o deformadora.

Morente era en la sección de filosofía el refugio del angustiado principiante, el verdadero maestro que, con un lenguaje pausado y sencillo, sabía ir de lo conocido a lo desconocido abriendo al alumno en forma gradual perspectivas y soluciones objetivas y asequibles. Era catedrático y consideraba a la cátedra como su cometido en la vida, no como una función marginal o una especie de coronamiento de otras actividades.

Pero para esa difícil función pedagógica y orientadora era preciso, como he dicho, aquella mente clara, sintética, de ideas largamente maduradas. ¿Podría estar en condiciones de ofrecer lo que de él se esperaba, lo que siempre dió, el Morente recién convertido, con su formación filosófica marburguesa y orteguiana—laicista en todo caso—que en su inspiración profunda pugnaba con su nueva fe? El expreso repetidamente su deseo de retirarse a pensar y a orar fuera del ambiente universitario al ejercicio de su ministerio sacerdotal «en algún pueblecito de España», o como capellán del convento en que había profesado su hija...

El Obispo de Madrid-Alcalá, su prelado, opinó, sin embargo, de diferente manera: en la tan necesaria reconstrucción de la Facultad de Filosofía y Letras eran insustituibles el prestigio y el magisterio de un antiguo Decano. Morente, dócil a toda insinuación que pudiera representar la voluntad de Dios, por dura y difícil que le resultara, accedió a ocupar su puesto en la reapertura de aquella Facultad que había sido el reducto de la Institución Libre de Enseñanza. Y la práctica demostró hasta qué punto estaba justificado el consejo del Obispo. En aquel primer curso de la sección de Filosofía, casi enteramente falto de profesorado, Morente hubo de explicar, además de su propia cátedra de Ética, las de Cosmología y Teodicea, y de sus labios escuchó aquella promoción las primeras y casi únicas palabras de Filosofía cristiana, la esperanza de una nueva vida y un nuevo ambiente.

Su cometido, sin embargo, hubo de resultarle aún más arduo por el alumnado que acudía a escucharle. He dicho que fuí testigo de excepción en aquellos tres cursos de su reaparición docente. Es que de toda aquella numerosa promoción de la postguerra éramos muy pocos los que, meros bachilleres, le escuchábamos simplemente para aprender la filosofía que ignorábamos. Los demás, más que alumnos eran espectadores. Muchos, eclesiásticos que, desde una previa e inamovible formación filosófica, querían asistir a la esperada adaptación o rectificación de ideas; otros, alumnos rezagados de la Facultad anterior a la guerra, de formación izquierdista, que asistían con curiosidad a las clases del nuevo Morente. Unos y otros escuchaban su palabra y valoraban su esfuerzo sólo en orden a puntos de vista prefijados.

Morente optó en aquellos tres cursos por tratar temas concretos, monográficos, a través de los cuales iban apareciendo los horizontes, y las categorías de la asignatura, y en los que mez-